

La violencia contra la mujer y el sistema capitalista

26 de noviembre de 2012. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. Recordamos a Doaa, la mujer del Kurdistán iraquí lapidada por su familia porque se enamoró de un hombre que no era de su aldea ni de su religión.

Recordamos a Nadia, la joven poeta afgana asesinada por su esposo (en Herat, Afganistán) porque se atrevió a salirse de los límites de la cocina y el trabajo doméstico. Recordamos a Mujtar Mai, violada en grupo por los miembros de una poderosa familia feudal de su aldea en Pakistán. Recordemos a Atefé, la joven iraní abusada por un adulto y luego arrestada por Zena (sexo fuera del matrimonio). Ella fue violada mientras estaba detenida, y luego violada nuevamente por el juez y su equipo. El tribunal alegó falsamente que tenía 18 años con el fin de ejecutarla rápidamente.

Por supuesto, nunca olvidaremos a Abeer Quaasim al-Janabi, una joven de 14 años de una aldea cercana a la ciudad de Al-Mahmudiyá, en Irak, violada en grupo por cinco soldados de las tropas de ocupación estadounidenses, que después le dispararon en la cabeza y la parte inferior del cuerpo y luego la incineraron. Sabemos que Abeer fue víctima de hombres sumamente brutales de un ejército sumamente brutal de un invasor imperialista sumamente brutal, pero también sabemos que no fue la única mujer víctima en la interminable lista de guerras. Sabemos que Abeer, Doaa, Nadia, Mujtar y Atefé y el resto no son las únicas, pero representan a miles de millones que han sido víctimas de violencia extrema en sociedad patriarcales.

“En el mundo, hasta seis de cada diez mujeres experimentan violencia física y/o sexual en su vida. Un estudio de la Organización Mundial de la Salud, de 24.000 mujeres en 10 países, encontró que la prevalencia de la violencia física y/o sexual por parte de la pareja varía desde el 15% en el área urbana en Japón hasta el 71% en el área rural en Etiopía, con la mayoría de las áreas estando en el rango del 30-36%.

“En 1994, un estudio del Banco Mundial sobre diez de los factores de riesgo que enfrentan las mujeres entre los 20 y los 44 años, encontró que la violación y la violencia doméstica son más peligrosos que el cáncer, los accidentes automovilísticos, la guerra y la malaria”. (“Violencia contra la mujer”, www.UNwomen.org)

A menudo oímos sobre el asesinato de mujeres de parte de su esposo o pareja. A menudo oímos sobre la violación en grupo de mujeres, que pudo haber sucedido en una aldea en Pakistán o India o en el centro de Londres o donde sea. A menudo leemos u oímos informes sobre el abuso sexual de mujeres en el sitio de trabajo, la escuela e incluso en la familia. Oímos sobre quema de novias, asesinatos de honor, tráfico de mujeres, prostitución forzada, mutilación genital femenina, violación en tiempo de guerra, violación conyugal, abortos forzados y muerte de mujeres debido a que el aborto es ilegal. Podríamos seguir y seguir con diferentes formas de violencia contra la mujer.

Las instituciones de las clases dominantes en los países occidentales advierten repetidamente sobre las “alarmantes” tasas de violencia contra la mujer. Ministerios y ministros emiten declaraciones sobre esto, no para revelar la dimensión del desastre sino para calmar a las comunidades y mostrar que están tomando medidas —por ejemplo, aprobando tal o cual ley o asignando tal o cual cantidad de fondos para hacer frente a estos problemas— y presentar un cuadro falso sobre sus logros en ese campo.

Ante la creciente tasa de violencia contra la mujer, en 1999 las Naciones Unidas declararon el 25 de noviembre como el Día Internacional para la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, conmemorándolo oficialmente cada año desde entonces.

Pero esta clase de medidas no han hecho nada para parar esa violencia o siquiera reducirla. Las atrocidades contra la mujer están aumentando a ritmo alarmante. Cada día nos estamos enfrentando con nuevas características y nuevas formas, y nuevas cifras. No es difícil ver que los que dominan estas sociedades y el mundo en su conjunto, a pesar de sus aspavientos y aparente compasión, realmente no están dispuestos a hacer frente a este problema fundamental que amenaza la vida de la mitad de la humanidad.

Ellos quizás se preocupen por el aspecto criminal del “problema” que podría amenazar su legitimidad y control, pero es más que dudoso que sus preocupaciones sobre el estatus de la mujer sean genuinas o que tengan efectos reales.

La pregunta es por qué la mujer como grupo continua siendo discriminada y victimizada. Esta no es la excepción sino la regla en las sociedades actuales.

De hecho las clases dominantes, especialmente la clase capitalista monopolista en los países imperialistas que dominan el resto del mundo en lo económico, político y militar, han estado tratando de desviar la opinión

pública y atribuir la violencia contra la mujer a una parte del mundo, una etnia o una religión en particular.

La realidad ha mostrado que la violencia contra la mujer no tiene nacionalidad, ni religión ni origen étnico; puede tomar diferentes formas en diversas partes del mundo en cualquier momento. Con una ojeada a las estadísticas y sólo un breve repaso de la historia, podemos ver claramente que esta violencia es parte de la opresión de la mujer en su conjunto a escala mundial y está relacionada con la subordinación de la mujer al hombre que apareció con el surgimiento de la propiedad privada. Este factor ha sido parte de todas las sociedades de clase, desde los tiempos antiguos hasta el modo de producción capitalista hoy prevaeciente. Pero los capitalistas y sus promotores han recurrido a diversos medios para atribuir esta violencia a todo menos con lo que está relacionada.

Primero que todo, la burguesía en los países imperialistas por lo general no hace pública la violencia contra la mujer en su propio país ni incluso en otras partes del mundo. Reportan algunos casos, especialmente en países del tercer mundo, algunas veces cuando tales casos ya han enfurecido a las masas y las noticias ya se han esparcido. Por lo común tratan de usarlo mañosamente para su propia agenda política. El contenido de esta agenda puede variar, desde para glorificar su propio sistema y su propia forma de tratar a las mujeres, hasta para justificar invasiones militares, promover racismo y/o denigrar una religión, cultura o nación en particular.

Por ejemplo, si este tipo de violencia la hacen fuerzas talibanes, los medios no vacilan en darle gran cobertura y publicidad a la imagen de la víctima en la portada de *Time* o cualquier otra revista o periódico importante para mostrar su dizque apoyo a las mujeres víctimas del talibán. Si tienen que hacerlo, pueden publicitar el caso de Ghazal, una mujer afgana que fue violada por su primo y quedó embarazada. Fue encarcelada por *Zena*, pero después de la publicidad internacional, el presidente Hamid Karzai intervino y dijo que podía ser liberada si se casaba con el violador. La cobertura a tales atrocidades es utilizada para justificar la ocupación de Afganistán.

Como sabemos, el caso de Mujtar Mai obtuvo mucho cubrimiento internacional y esto la animó para continuar su lucha y plantarse firme ante el General Pervez Musharraf, el presidente de Pakistán de ese entonces, quien no tenía intención de intervenir en su defensa. Pero este cubrimiento iba emparejado con la presión política norteamericana sobre Musharraf y el ejército paquistaní para que le dieran mayor apoyo a la guerra de Estados Unidos en Afganistán.

De manera similar, a un caso de violencia contra una mujer le pueden dar publicidad con el fin de atacar una cultura o una religión. Este es el caso en especial con los asesinatos de honor por inmigrantes en países occidentales. Ha habido numerosos casos de asesinatos de honor en Suecia, Estados Unidos, Canadá y muchos otros países occidentales, donde un miembro de la familia ha asesinado a una mujer por tener novio o por negarse a tener un matrimonio arreglado o por divorciarse o por “traicionar” a su esposo.

Si un inglés o un sueco mata a su esposa, se nos dice que esto se explica por alguna tragedia o patología individual que afecta al perpetrador —por lo general se culpa al alcohol. Raramente se cuestionan las relaciones prevaecientes entre hombres y mujeres que tales actos individuales concentran. Pero si un inmigrante del Medio Oriente o el Sur de Asia comete este crimen, los medios inmediatamente lo atribuyen al origen cultural o religioso del perpetrador.

El cubrimiento de los medios de comunicación por lo general apunta no a denunciar la violencia cotidiana contra la mujer sino a culpar a los inmigrantes por el aumento de las tasas de criminalidad y a afirmar que los inmigrantes están trayendo con ellos tradiciones y religiones que están dañando “nuestra” sociedad, como si la violencia contra la mujer fuera importada del extranjero.

Pero otra forma en la que a veces se abordan estos crímenes es señalar la tradición y religión del perpetrador con el fin de minimizar la seriedad del acto a nombre del relativismo cultural. Y es chocante que este tipo de pensamiento haya llegado hasta el punto de abogar por la aprobación de leyes especiales bajo las que los perpetradores de una religión particular serían juzgados por representantes de esa religión.

Obviamente, no debería haber ninguna objeción al cubrimiento de la violencia contra la mujer en los países del tercer mundo; cuanto más, mejor. Pero la pregunta es por qué las potencias occidentales y sus medios de comunicación tratan de mostrarse como los paladines de la liberación de la mujer, como si la mujer no fuera oprimida también en sus propios países, y como si la religión, cultura y tradición que promueven no fuera también anti-mujer. E insinúan que las mujeres de todo el mundo deberían ver su modelo como su propio sueño.

Sólo veamos algunas formas de violencia contra la mujer en los países imperialistas occidentales como Es-

tados Unidos e Inglaterra.

En 2005, en Estados Unidos 1.181 mujeres fueron asesinadas por un compañero íntimo. Eso es un promedio de tres mujeres por día. En 2006, en Estados Unidos fueron violadas o agredidas sexualmente 232.960 mujeres. Eso es más de 25 mujeres por hora. Según las estadísticas proporcionadas por el Departamento de Justicia de Estados Unidos, más de 180.000 mujeres fueron violadas en 2010. Esto también equivale a que una de cada cinco mujeres estadounidenses experimentará violación o intento de violación durante sus años de universidad, y que menos del 5% de estas violaciones serán reportadas.

En Inglaterra, según el informe de marzo de 2011 sobre Violencia contra la Mujer de la *Home Office Newsletter*, 400.000 mujeres son agredidas sexualmente y 80.000 son violadas cada año, es decir, más de nueve por hora. Además, también plantea el informe, el acoso y el hostigamiento sexuales son rutina en los colegios ingleses.

¿Qué dice esto sobre la cultura dominante en Inglaterra que, es un estudio realizado por Amnistía Internacional, más de uno de cada cuatro encuestados piensan que la mujer era parcial o totalmente responsable de ser violada si viste de forma sexi o con ropa escotada, y más de uno de cada cinco afirmó lo mismo si la mujer ha tenido muchos compañeros sexuales?

En promedio, dos mujeres a la semana (no al año) en Inglaterra y Gales son asesinadas por su pareja o expareja. Y en Francia, 122 mujeres fueron asesinadas por su pareja o expareja en 2011.

Estas cifras no incluyen las muertes debidas a que el aborto es ilegal o a las restricciones impuestas al aborto en el mundo occidental, que también constituyen un tipo de asesinato. Savita Halappanavar, de 31 años, una dentista que vivía cerca a Galway en Irlanda, con 17 semanas de embarazo, murió el 28 de octubre de 2012. El hospital se negó a operar para interrumpir un aborto espontáneo involuntario que la estaba matando, porque es ilegal practicar un aborto mientras el corazón del feto continúe latiendo.

Este tabú es una enseñanza básica de la Iglesia Católica y de muchas formas de protestantismo, que busca darle rango de ley siempre que pueden —y ¿cómo muchos primeros ministros y otros políticos británicos (y franceses y alemanes y estadounidenses, etc.) proclaman que el cristianismo está en la entraña misma de la cultura occidental? De hecho, ¿qué cultura importante no tiene la opresión de la mujer en su entraña?

También hay muchas mujeres que son pobres y vulnerables y pueden ser entrampadas, engañadas, coaccionadas o drogadas para vender sus cuerpos. Esto es actualmente un fenómeno mundial. Millones y millones de mujeres y niñas son forzadas y tratadas cruelmente para meterlas en el comercio sexual internacional, una forma moderna de esclavitud que genera miles de millones de dólares de ganancias para la economía capitalista. Este comercio se da en muchas partes del mundo, incluyendo los países occidentales donde hay un mercado enorme para la compra de sexo y pornografía, que degrada, humilla e incita a la violencia contra la mujer. ¿Qué dice esto sobre la realidad de la cultura occidental?

A menudo oímos que el asesinato y otros tipos de violencia doméstica contra la mujer en los países occidentales están motivados por la angustia emocional del hombre ante la idea de ser abandonado por una mujer. Pero no nos engañemos, son formas “modernas” de asesinatos de honor.

Cuando los hombres asesinan o tratan con crueldad a su esposa o pareja basados en los celos o el amor “excesivo” o como quiera que lo llamen —no importa—, esto se trata de la propiedad sobre las mujeres y la venganza por el robo de esta “propiedad”. Esta es otra forma de expresar que esta mujer es mía, y tengo derechos sobre ella, y debo controlar su vida, ella debe estar bajo mi mando y debe servirme a mí y a mis hijos y a mi familia. Esta también es la base sobre la que se justifican los asesinatos de honor: la propiedad sobre los miembros femeninos de la familia. No importa qué condiciones particulares ni bajo qué modo de producción, sea feudal o capitalista, en ambos casos la violencia impone las reglas de propiedad sobre la mujer.

Esto no niega la diferencia en las formas, ni niega las reformas que la burguesía ha hecho en las formas de subordinación de la mujer al hombre. El punto es que la violencia contra la mujer, en cualquier forma que pueda tomar, es universal y muy brutal, incluso en los países occidentales. No se debe simplemente a la cultura o religión particular de algún pueblo en particular, sino que ha sido profundamente inculcada en la cultura de todas las sociedades de clase y es una parte inseparable de las religiones, tradiciones y morales que son generadas e impuestas por el modo de producción basado en la explotación y el resultante carácter opresivo inherente a las relaciones sociales en todas las sociedades de clase.

El Islam les da derecho a los hombres de apalea y castigar a su esposa y esto les da el poder ideológico a los hombres musulmanes para practicar violencia contra los miembros femeninos de la familia. Pero seamos

claros: no sólo el Corán ordena castigar a las esposas. Bajo las leyes norteamericanas, hasta 1870 un esposo tenía derecho legal para “castigar físicamente a una esposa que se extravíe del recto camino”, y en el Reino Unido un esposo tenía un derecho tradicional de imponer castigo físico sobre su esposa con el fin de mantenerla “dentro de los límites del deber”. Si bien ese tipo de violencia física contra la mujer ya no es legal, sigue siendo ampliamente extendido. Además, la violencia verbal —con consecuencias psicológicas muy dañinas— sigue siendo practicada por los hombres en estos y otros países.

Para ser claros, ninguna de las principales religiones es amistosa hacia la mujer. Además de las enseñanzas de la Iglesia Católica sobre el aborto, considérese el caso de los Asilos de las Magdalenas regentados por la Iglesia Católica en Inglaterra, Irlanda y otras partes de Europa, y en Canadá y Estados Unidos, durante gran parte del siglo 19 y casi hasta finales del 20. Estos “hogares” eran lugares de castigo parecidos a cárceles para el encierro involuntario de chicas consideradas “pecadoras” o rebeldes, o que simplemente desagradaban a alguien con autoridad, o a su familia.

Se les exigía realizar arduamente labores físicas, como el lavado de ropa y el bordado, y largos períodos de oración y silencio obligados. Las chicas también eran abusadas sexualmente por los curas, como sucedió con los niños en todo Occidente. Instituciones similares fueron dirigidas por diversas denominaciones protestantes y por el Estado en Irlanda del Norte e Inglaterra. Cientos murieron en el encierro. Las decenas de miles que sobrevivieron quedaron marcadas de por vida. El último Asilo de las Magdalenas, en Waterford, Irlanda, funcionó hasta septiembre de 1996.

La violencia contra la mujer no puede ser eliminada con declaraciones o llamados a la acción para reducir la cantidad de incidentes. No puede eliminarse con la aprobación de leyes para restringir una forma de violencia mientras toda la sociedad, por todos sus poros, exuda chovinismo masculino. No importa cuántas leyes se aprueben y no importa cuántos fondos se asignen para reducir las estadísticas de violencia contra la mujer, no importa qué tipo de medidas se tomen, la violencia contra la mujer en esta sociedad de clases continuará como un medio de control sobre la mujer y como un mecanismo para mantenerla en una posición subordinada al hombre, porque el control sobre la mujer y su cuerpo es parte integral de todos los sistemas de explotación, incluyendo el sistema capitalista.

El sistema capitalista ha demostrado ser incapaz de resolver la opresión de la mujer. La ha utilizado y ha añadido e inventado diversas y horribles formas de violencia contra la mujer, porque considera sagrada la propiedad privada, y las raíces de la discriminación y la violencia contra la mujer están en la propiedad privada. □

Traducido por *Brigadas Antimperialistas*